

Aprender Arquitectura

José Laborda Yneva

José Laborda Yneva

Doctor Arquitecto por la Universidad de Navarra

Centro de Investigación:

Universidad Politécnica de Cartagena

jose.laborda@upct.es

RESUMEN

Parece evidente que la enseñanza y el ejercicio de la arquitectura no podrán seguir siendo como hasta ahora; es indispensable enseñar y ejercer eficacia. La universidad debe transmitir criterios, principios, ética, valor de las cosas, relaciones entre el esfuerzo y el mérito. El arquitecto no sólo debe ser un creador, debe ser también un servidor social. Hay un descrédito general en la política, la economía, la sociedad; nadie puede predecir lo que cualquiera es capaz de aprender por su cuenta, tan sólo cabe sugerir experiencia a quien enseña. Por su parte, la enseñanza de Proyectos necesita combinar teoría, práctica, crítica y búsqueda.

Palabras clave: Arquitectura, enseñanza, ejercicio, sociedad, Proyectos, eficacia.

ABSTRACT

It seems clear that education and the exercise of architecture will not be able to continue as it is now. It is absolutely necessary that efficiency is shown and carried out. The university must transmit criteria's, principles ethics, values and direct relationships between effort and merit. Architect should not only be a creator but a social server, as well. There is a general discrediting politics in the economy and in society. Nobody is able to predict what one is capable of doing on his own. There is only room for suggesting experience to whoever teaches.

Keyword: Architecture, teaching, exercise, society, Projects, efficiency.

[1] Sin duda una de las referencias del impulso del primer movimiento moderno fue la actividad desarrollada en la breve trayectoria de la Bauhaus. En ella se concentraron las propuestas confluyentes que la historia y la intención renovadora acordaron: por un lado, la urgencia por resolver los efectos devastadores de la Gran Guerra mediante la simplificación de los procesos del diseño, utilizando la serie y la técnica incipiente; y, por otro, la necesidad intelectual de superar el caos retórico proveniente de los excesos del historicismo decimonónico.

Nos encontramos en un tiempo confuso, tal vez el más interesante desde el final de la Gran Guerra; un tiempo en el que, ante la profundidad de la dislocación social, política y económica, necesariamente van a dibujarse soluciones que poco o nada tendrán que ver con el estado de cosas que nos acaba de preceder. Y no sólo en lo social, lo político y lo económico, sino también en lo que atañe a la arquitectura y a sus comportamientos. Seguramente es el momento de proponer una nueva forma del proyecto moderno, semejante en efectos al que la arquitectura se sumó gozosa en el final de los años veinte [1].

Parece claro que la enseñanza y el ejercicio de la arquitectura no podrán seguir siendo como hasta ahora; va a ser indispensable enseñar efi-



1. WALTER GROPIUS, EDIFICIO DE LA BAUHAUS EN DESSAU, 1926.

cia, ejercer con eficacia, hacer de la arquitectura una solución que evite plantear problemas. La crítica, la autocrítica es indispensable para ello; pero la crítica ya no es jerárquica, es asamblearia, no hemos de convencer a nuestros maestros sino a la sociedad que ha de elegir. Es evidente que la arquitectura, su ejercicio, se encuentra cada vez más vinculada con la condición proletaria. Para ejercerla, es indispensable la reserva del sentido elitista que caracterizó nuestra formación como arquitectos. Aunque seamos conscientes de la creatividad que lleva consigo el ejercicio de la arquitectura, no podemos transmitir a los estudiantes una forma 'singular' de estar y ser, sería un fraude, los dejaría en inferioridad de condiciones ante el apasionante reto que van a afrontar.

1. Sobre la enseñanza contemporánea de la Arquitectura.

Es posible asegurar que la universidad ha perdido la hegemonía en la enseñanza. La enseñanza universitaria es un primer paso al que siguen otros muchos saberes. El aprendizaje se encuentra hoy deslocalizado, se produce a través de las emociones que el alumno recibe dentro, pero sobre todo fuera del aula; hay que preparar al estudiante para apreciar esas emociones cuando surjan. El profesor ya no es el garante de la enseñanza, enseña a saber estar, ése es su cometido esencial [2]. El aprendizaje se basa en el aquí y el ahora; hay miles de cosas que pueden saberse, se necesita criterio para descubrirlas, someterse al debate, a la crítica. El profesor se convierte entonces

[2] La credibilidad de la docencia en cualquiera de sus ámbitos encuentra su fundamento en el ejemplo, esa combinación entre el saber, el saber enseñar y el querer hacerlo. El magisterio reside precisamente en eso, en convencer sin demasiados aspavientos, sugiriendo tan sólo. La reciente historia de la arquitectura española cuenta con algunos maestros así, cuyo recuerdo perdura a través de las actitudes actuales de sus mejores discípulos.



2. EL ARQUITECTO ALEJANDRO DE LA SOTA, 1913-1996.

en tutor, debe enseñar lo que sabe, pero, sobre todo, debe ser capaz de transmitir al alumno lo que debe aprender.

La universidad contemporánea debe transmitir criterios, principios, ética, actitud de servicio, valor de las cosas, relaciones entre el esfuerzo y el mérito. Son precisamente esos los valores perdidos, los que la sociedad parece no apreciar; de ahí su intensa crisis. Las escuelas de Arquitectura deben formar gentes con criterio. Además, ¿qué arquitectura cabe enseñar cuando el modelo social ha caducado? Hay que enseñar axiomas y sensatez. Hay que establecer las bases firmes del oficio para que luego las ideas puedan fluir. La actual crisis debe renovar la enseñanza y la práctica de la arquitectura; las escuelas actuales se afanan en producir jóvenes 'singulares' [3], pero la sacralización de la carrera de arquitectura se ha diluido progresivamente; hoy, las organizaciones profesionales cuentan con una información mucho más actualizada que la universidad; no es posible que ésta consiga competir con la realidad, su campo es la transmisión ética del conocimiento.

Nuestra enseñanza debe transmitir al estudiante una base firme, una afición por la eficacia y una tendencia poética, tres puntos de apoyo para un ejercicio gratificante y fructífero de la arquitectura. No es lo mismo enseñar los primeros pasos que los siguientes. Tal vez hayamos de preferir sentar las bases del aprendizaje, enseñar a no caer y a mantener el equilibrio. Eso ya no se olvida ni pasa de moda.

2. Sobre la profesión de arquitecto.

Sabemos que la arquitectura es el arte más dependiente que existe, no puede ser si alguien no la paga; no es como la poesía o la música, por ejemplo, que pueden ejercerse sin gasto. Dicen que, en los próximos 30 años, el 80% de los arquitectos se concentrará tan sólo en el 20% del conjunto de todos los territorios que son capaces de demandar arquitectura. Dicen también que dieciocho de las 20 ciudades del mundo, salvo Londres y Nueva York, van a duplicarse en los próximos diez años. Por eso hay que considerar que la movilidad es indispensable, el aprendizaje deslocalizado debe ser posible. Uno se traslada a sí mismo para aprender.

Por eso, el arquitecto no sólo debe ser un creador, debe ser también un servidor social. La calidad ya no se evalúa a partir de los baremos propuestos de los expertos sino que está sujeta a lo que la gente es capaz de elegir y elige. Ahora, la calidad estriba también en la capacidad de establecer conexiones entre calidades diferentes. Podría parecer que esa situación trivializa el papel del arquitecto; sin embargo, para éste, cada vez es más urgente considerar la potencia de la arquitectura como forma de pensamiento activo. Para quien ejerce o conecta actos creativos, el conocimiento debe estar dentro de sí mismo. Uno de los axiomas del ejercicio de la archi-

[3] Con alguna frecuencia la singularidad de las propuestas de la arquitectura contemporánea desemboca en situaciones irreales, cuando no manifiestamente incómodas. Son actos irreflexivos, supuestamente creativos, que no consiguen sino convertir en sarcasmo la hipotética razón de sus resultados.

tectura es el conocimiento, la formación continuada, la base en el propio oficio.

Hasta no hace mucho, podríamos decir que la posición del arquitecto fue teocrática [4]; luego, aristocrática; a nosotros —quienes ahora pasamos de los sesenta— nos ha tocado en suerte tener una posición influyente; y, por fin, la opción del arquitecto actual es esencialmente proletaria. Debemos afrontar la creciente proletarización de la profesión. Hemos de reconocer que el arquitecto ha trabajado casi siempre para sí mismo, el cliente casi nunca ha contado de veras. Hasta este momento, la postura del arquitecto ante la arquitectura ha sido al mismo tiempo narcisista y despótica: le gusta lo que hace, se gusta; desea imponer su criterio, se impone. Hemos de recuperar la naturalidad en la relación entre el arquitecto y la gente, aprenderemos mucho más si aprendemos a escuchar. Y, desde luego, después haremos lo que nos convenga, una vez seguros de que eso es precisamente lo que conviene a la gente. No es ésa una actitud cínica, tan sólo es realista; en nuestro tiempo sería inútil pretender construir buena arquitectura sin el acuerdo previo de quienes van a pagarla.

Sabemos que los arquitectos han ido perdiendo influencia en la sociedad, se han convertido en 'siervos' de la arquitectura. Es éste el tiempo en que hemos de asumir ese servicio y hacer de él un recurso creativo en lugar de una carga. El ejercicio de la arquitectura debe tener en cuenta la limitación de los recursos, el arquitecto no puede ya ordenar a las gentes cómo deben vivir. Ahora, la crítica de las cosas es horizontal, asamblearia, no vertical, jerárquica. El mundo ha cambiado, la gente debe participar, desea hacerlo. Ortega tuvo una idea negativa de la masa; hoy, es la multitud quien maneja los criterios. No basta un gran jefe [5], es necesaria la conjunción de las ideas del grupo, el equipo. Más que en ningún otro tiempo, la arquitectura está adquiriendo una relevancia social que el propio arquitecto desconoce, es punto de paso obligado para muchos otros actos, hay que redefinir el sentido de la profesión. Tan sólo cabe intentar conectar con la gente.

3. Sobre la sociedad que construye la Arquitectura.

Hay un descrédito general en casi todo, la política, la economía, la sociedad; no hay que tener prisa en resolver la crisis actual sino en hacerlo bien, es mejor reflexionar. Los arquitectos hemos de ser conscientes de que, si debatimos sobre lo sostenible, estamos aceptando que nuestra situación, nuestra arquitectura actual, es insostenible. La forma de resolver las cosas ha de ser optimista, pero sin evitar la crítica. El sistema de prototipos era tan sólo una jerarquía sustitutoria, un reflejo de la necesidad social del mito.

Ni la gestión de la energía ni la del agua están preparadas para la sostenibilidad. Estamos en tiempo de nuevas necesidades, esta crisis es diferente a las otras, hay alteraciones básicas, hay que aceptar que existen lími-



3. UN DIBUJO DE ANTONIO MINGOTE, 2006.

[4] La potencia profesional del arquitecto, entendido como vértice del proceso intelectual y constructivo de la arquitectura, proviene del tiempo del Renacimiento. La transformación del carácter artesanal de los constructores de catedrales en una forma distinción cortesana ha servido de pauta para el comportamiento de buena parte de los mejores arquitectos modernos e incluso contemporáneos, consiguiendo, de hecho, el acompañamiento de un aura no del todo justificada que pospone la condición de servicio inherente a toda arquitectura y prefiere un cierto componente de altivez que todavía perdura.

[5] Hay un cierto paralelismo entre las actitudes de los directores artísticos —cualquiera que sea su especialidad, desde coreógrafos a directores de cine— y las de quienes se ocupan del proceso completo de la arquitectura. Casi nada serían todos esos directores sin sus orquestas, aunque ellos parezcan ignorarlo con alguna frecuencia.

4. EL ARQUITECTO ANDRÉ LE NOTRE, 1613-1700.



[6] El deterioro de los centros históricos, progresivamente envejecidos y aquejados de usos sobrevenidos que apenas pueden afrontar, y la deficiente planificación de los crecimientos periféricos, imaginados como contenedores de la necesidad de cobijo, han repercutido intensamente en la habitabilidad de nuestras ciudades. El tiempo se está ocupando de demostrar la invalidez de un crecimiento continuo que origina situaciones inconexas, desprovistas de reflexión tanto en su origen como en su remedio.

[7] La tendencia teocrática ejercida por los arquitectos del pasado se ha visto progresivamente transformada en una cierta actitud mitológica que en nuestro tiempo caracteriza a muchas de las grandes figuras de la arquitectura. Son precisamente esos arquitectos quienes alimentan las expectativas de sus epígonos con continuos gestos. Otra cosa es, desde luego que los resultados de esas arquitecturas puedan haber encontrado un encaje en los contextos culturales y sociales contemporáneos; pero eso no es siempre una garantía del acierto en el camino de la arquitectura hacia la indispensable coherencia.

tes, han aparecido grietas, no podemos seguir tensionando el sistema. ¿Cuánto es lo necesario? ¿Cuánto es lo suficiente? ¿Cuánto es lo posible? Las ciudades son esenciales para conseguir la viabilidad global. Resolver el deterioro de las ciudades es el objetivo inmediato [6], la ciudad necesita una intervención urgente. Pero tal vez todo esto es utópico, propone soluciones al caos pero no cuenta con las enormes variables en los intereses, ni tampoco con la condición humana, amplia y reiterativamente manifestada a lo largo de la historia. Tal vez nuestras propuestas no son sino intenciones paliativas del inevitable final de la civilización contemporánea y, desde luego, de la economía capitalista.

En muchos lugares, los años de expansión indiscriminada nos han impedido ver el alcance real del cambio social. Han cambiado los grupos familiares, han surgido otras formas de afrontar la vida. Tal vez haya que pensar en dejar de crecer, decrecer, ceñirse a la ciudad, intervenir en ella, llenar sus huecos. Será apasionante. Habrá entonces un amplio campo en el proceso de transformación, de renovación, de reutilización. La ciudad del futuro no puede ser otra más que la actual renovada. Habrá que tener criterio para ello, y alguien deberá difundirlo antes a los estudiantes. Hay una falsa 'cultura arquitectónica', elitista y consumista al mismo tiempo, sostenida por las revistas y las figuras estelares [7]. Lo vemos todos los días en los casos que nos enseñan los medios de comunicación. Pero la calidad es otra cosa, no se prepara, surge espontánea, no necesita de aclamaciones ni cosmética.

Los arquitectos han estado siempre y están subordinados al poder. Desde un tiempo a esta parte, la arquitectura se ha convertido en la 'marca' del poder, el poder compra arquitectos. ¿Cabe transformar la sociedad desde el ejercicio de la arquitectura? ¿Qué representa la arquitectura en la bús-



6. JURG KREIENBÜHL, LAS HLM EN NANTERRE, 1968.

queda de un mundo mejor? ¿Qué es la arquitectura? La arquitectura es un conocimiento con capacidad de evolución, hay que introducir en ella la experiencia. ¿Para quién es la arquitectura? Para la gente, la buena arquitectura es la mejor para la gente, aquélla donde la gente se encuentra bien. El arquitecto debe ser especialista en la gente.

La experimentación con la forma de habitar, pretendiendo modificar las costumbres sancionadas por el uso y la experiencia e introduciendo factores arbitrarios, propios tan sólo de ocupantes estelares, puede convertirse en un acto profundamente inhumano, antisocial y snob, pese a que ciertos arquitectos lo hayan difundido y otros epígonos lo hayan recibido alborozados sin criterio ni crítica. Será preferible acaso abordar lo abstracto, partir del habitar como hecho instintivo. Es más amplio, más didáctico para quien desea aprender. Se trata de la casa como consecuencia arquitectónica del hecho instintivo de habitar. Habitar juntos la casa, en la casa, 'vivre ensemble', 'rimanere insieme'. Lo del habitar en singular ocurre mucho después, cuando el habitar la casa ya está definido. Ante todo, la casa debe ser honesta y recibir cortésmente a sus habitantes.

4. Ante una propuesta de método.

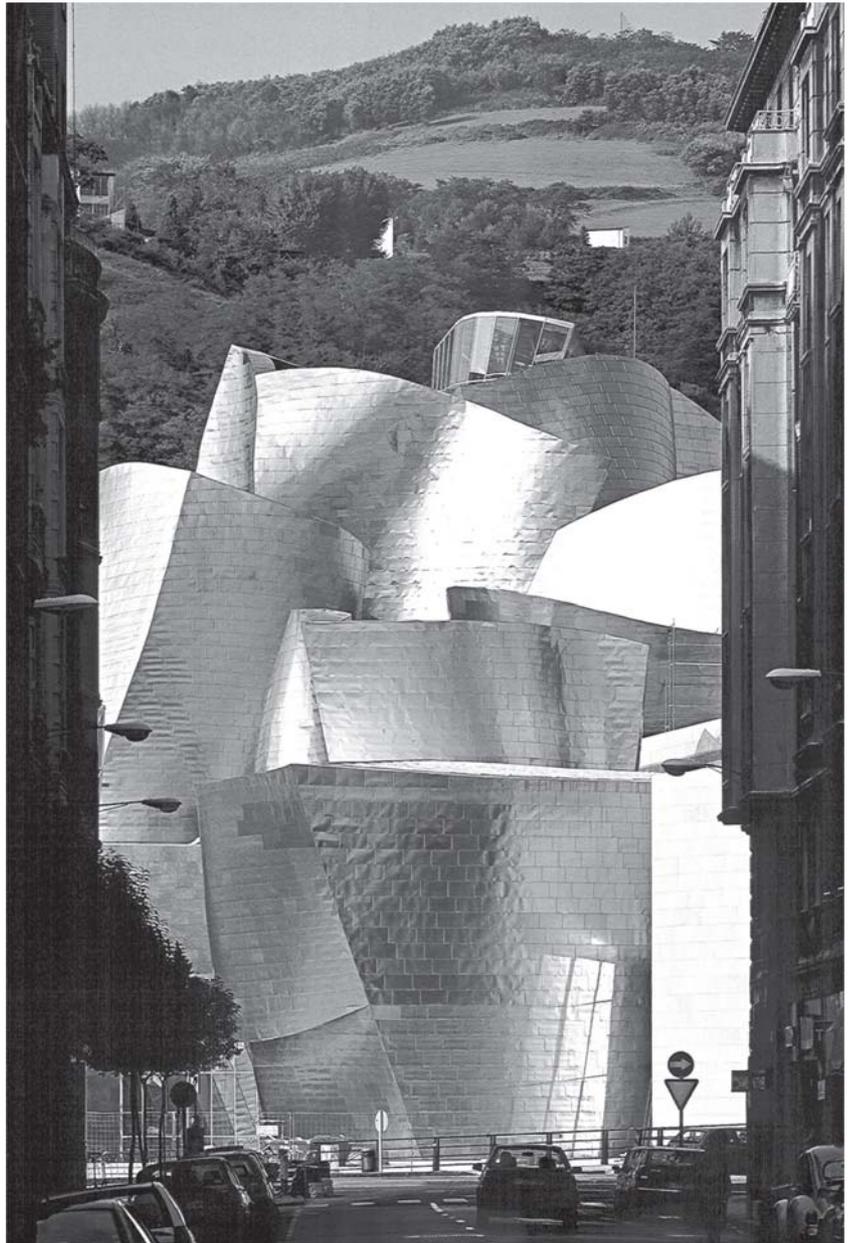
Casi podría asegurar que, quienes fuimos estudiantes en los años sesenta, cada vez ejercemos mayor intención en los actos que tienen que ver con la arquitectura, cada vez tenemos mayor interés por ella [8]. Reconocemos las cosas con mayor capacidad de sorpresa que nunca, nos parece que hemos acertado eligiéndola de entre las otras cosas que podíamos haber hecho.

Mi generación no ignora ni desconoce la intensa evolución de la arquitectura en los últimos cuarenta años; al contrario, asistimos, entre atónitos y regocijados, a las múltiples maneras que la arquitectura contempo-



5. FEDERICO FELLINI.

[8] Para quienes hemos conocido el componente artesanal del ejercicio de la arquitectura, habitual en España hasta bien entrados los años ochenta del siglo XX, no deja de existir un cierto componente de añoranza ante la progresiva indiferenciación de los modelos gráficos que inevitablemente conducen a la paulatina despersionalización de los resultados consuetudinarios. Los conceptos de lugar, tiempo y función, indispensables para el ejercicio de la arquitectura, se están viendo progresivamente reemplazados por una tendencia edéctica que todo lo invade y que desvirtúa el proceso intelectual del hecho arquitectónico.



7. FRANK GEHRY, MUSEO GUGGENHEIM, BILBAO, 1997.

ránea ha adoptado y adopta para denotarse, para decir de forma distinta lo que ya ha sido dicho bien hace cientos de años. La arquitectura como experimento visual posee el indudable mérito de su intención poética; pero ese es un camino, derivado de su esencia primigenia, que tan sólo puede seguirse cuando ya se conoce el oficio. El riesgo reside en la experimentación sin raíces, es entonces cuando surgen los saltos en el vacío. La arquitectura no debe enseñarse así, quienes tenemos costumbre de ver debemos avisar de ello.

El método de enseñar se ve superado con frecuencia por la circunstancia, nadie puede predecir, ni mucho menos organizar lo que cualquiera es capaz de aprender por su cuenta sobre algo. Sí parece posible, desde lue-

go, afirmar que, en cualquier aprendizaje, de la reunión entre el método y la casualidad podremos obtener mejores resultados que del solo método.

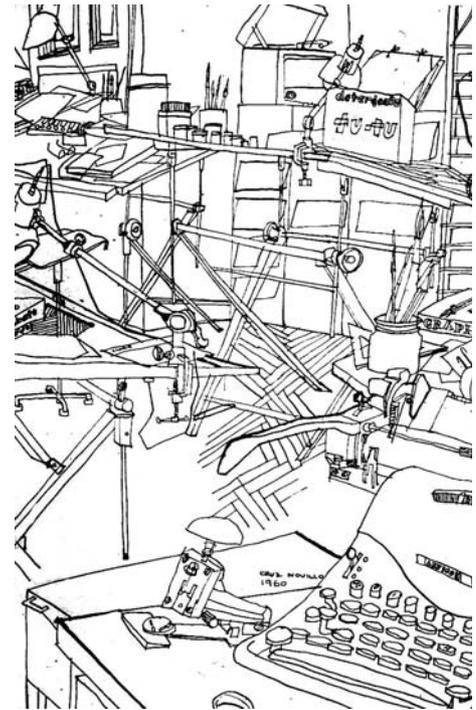
Tal vez, si deseamos encontrar la razón de las cosas, podríamos afirmar que la voluntad es el preámbulo de la actitud y la actitud la antesala del acto. Debemos, pues, incorporar —además del método y la casualidad— ese tercer componente, la voluntad, entendida como actitud indispensable para todo aprendizaje, aportación personal e intransferible sin la que ni el método ni la casualidad consiguen trabar como deben.

La arquitectura es una de las consecuencias más sugerentes de la actitud del hombre ante sí mismo. La arquitectura reúne comportamiento, transformación, proporción y gesto, y cada uno de esos conceptos ofrecen inmensas posibilidades de enseñar y aprender. Hay en la arquitectura componentes metodológicos, intuitivos, casuales, reflexivos y sensibles [9]. ¿Cómo cabe enseñar arquitectura? Seguramente podríamos convenir que resulta mucho más sencillo aprender arquitectura que enseñarla. Sobre todo en nuestro tiempo, cuando sabemos que hay arquitectura por todas partes desde hace más de seis mil años. ¿Qué cabe enseñar que no se encuentre a la vista de cualquiera?

Para comenzar con cautela, podemos insistir en suponer que enseñar arquitectura sea ante todo una cuestión de orden; de orden en la sugerencia, cabría decir. Ya que no es del todo necesario enseñar lo que todo el mundo puede ver, nos cabe sugerir un orden en el tiempo de mirarlo, podemos proponer una manera de mirar, de relacionar las cosas, de establecer proporciones en la intensidad de lo que puede verse; podemos formar poco a poco el criterio de quien mira, para que lo que ve sea lo que la arquitectura propone y no las cosas que parecen verse. Ese mismo método nos llevará inevitablemente a sugerir la sorpresa, la casualidad indispensable para añadir al conocimiento el destello del enlace. Y será nuestra propia actitud al enseñar la que afiance la voluntad de quien desea aprender, la coherencia del ejemplo.

5. Sobre una actitud común.

Todos acopiamos modos y actitudes obtenidas de nuestras primeras referencias, las hemos hecho nuestras, las ejercemos felices, comprobamos satisfechos que nos parecemos los unos a los otros: quienes aprenden arquitectura, o cualquier otra cosa, acaban teniendo cierto aire de familia. Pero, de eso, a compartir los mismos gestos o modular el mismo tono de voz hay una notable diferencia, la enseñanza debe ser contrastada para que quien aprende pueda llegar a expresar su interior. Resulta por eso indispensable la concurrencia simultánea o sucesiva del magisterio: quien aprende debe poder elegir lo que le resulta más cercano en cada caso, y quien enseña debe siempre administrar su saber [10]. Pero ¿cabe la contención en el



8. UN DIBUJO DE CRUZ NOVILLO, 1960.

[9] Hay en la actitud nórdica ante la arquitectura un componente esencialmente orgánico, basado en la lenta percepción del paisaje y la costumbre. Es entonces cuando el cuidado por el detalle, cuando la forma, la textura, el color y la luz surgen con naturalidad y se imponen a toda arbitrariedad sin perder por ello un ápice de tensión creativa. Precisamente en eso reside el acierto de esa actitud orgánica, en su capacidad de conservar la medida del hombre, en su fina manera de conseguir la relación con el entorno que le es propio y reconocible.

[10] De entre los maestros de la arquitectura contemporánea que simultanearon su ejercicio profesional con la docencia, tal vez sea Louis Kahn quien mejor supo combinar actitud y mensaje: «Me dedico a la enseñanza; lo que en realidad implica que me enseño a mí mismo — solía decir. Las escuelas comenzaron con un hombre bajo un árbol, un hombre que no sabía que era profesor, transmitiendo sus conocimientos a otros hombres que no sabían que eran alumnos. Es el espíritu de escuela lo que el arquitecto que enseña debe transmitir, por que uno de los principios más maravillosos de ese hombre bajo el árbol es su reconocimiento de la singularidad de cada uno de sus alumnos».



9. EL ARQUITECTO ALVAR AALTO, 1898-1976.

magisterio? ¿Es el maestro quien debe soslayar una parte de lo que puede enseñar para evitar así influir en exceso? ¿No resulta preferible, en cambio, la intervención completa de una serie de maestros, cada cual con su pleno saber y matices, cuya sucesiva influencia haya de recorrer quien aprende para luego extraer de cada uno lo que más le convenga? ¿Cuál sería, en ese caso, el orden que cabría proponer en esa enseñanza simultánea o sucesiva? ¿Quién estaría autorizado para señalar ese orden?

Seguramente, de quien más pueden aprender los maestros es de sus propios alumnos; son ellos los que añaden matices al conocimiento de quien enseña, quienes afianzan o cuestionan las formas de ver o mirar que acaban de encontrar; el magisterio se completa siempre con el acto sublime de enseñar a quien desea aprender. Pero ¿dónde podremos encontrar en nuestro tiempo maestros y discípulos semejantes?

La arquitectura es una actitud ante la vida, una teoría de vivir [11]; podríamos profundizar en ella intensamente, analizar sus consecuencias sin apenas tener tiempo para ejercer actos construidos: pero sería un enorme error. Porque, quienes aprenden, lo hacen sobre todo para construir; son los actos los que añaden arquitectura a la teoría, por más que la teoría sea necesaria para que esos actos sean solventes. Además, las circunstancias nos recuerdan que el método de enseñar se encuentra sometido en nuestro tiempo al sistema social que nos envuelve. Casi no resulta imaginable hoy el deseo aislado de aprender, se aprende para enseguida poder practicar lo que se aprende. Por eso, quienes consideramos a la arquitectura, ante todo, como un resultado intelectual, debemos tener suma prudencia cuando queremos sugerir en otros la voluntad y el deseo de practicarla.

El recuerdo de nuestros maestros se ha convertido con el tiempo en una de las referencias más estables de nuestros años de aprendizaje en las

10. EL ARQUITECTO LOUIS KAHN, 1901-1974.



[11] Hay un intenso componente de emoción en muchos de los vestigios de la arquitectura de la historia, hasta el punto de que una vida dedicada a su análisis casi no representa nada. Esa arquitectura nos envuelve, nos sobrecoge. Para comprenderla deberíamos comenzar por conocer cuanto se ha pensado y dicho sobre ella antes de visitarla despacio. Podemos comprender así a quienes desde el tiempo del Renacimiento, y aun antes, percibieron la grandeza de la arquitectura de la historia. Quedaron extasiados, sin tiempo. Hasta ese punto la reflexión sobre la arquitectura puede llenar la capacidad poética de cualquiera. Y si a eso añadimos la penetración en el conocimiento de las actitudes modernas, nuestro tiempo vital ha resultar a todas luces insuficiente.



escuelas de Arquitectura. Hemos conocido desde entonces a muchos buenos arquitectos, tanto en el ámbito de la teoría como en el de la práctica, pero ninguno como nuestros primeros maestros ha conseguido transmitirnos una coherencia semejante en sus actos. Había en ellos un compendio de insólitas armonías intelectuales y personales que los convertían en seres exclusivos: su cabeza era capaz de relacionar lo próximo y lo lejano, pronta a establecer divergencias o vínculos sorprendentes, parecían saber cuanto era posible y necesario saber [12].

Hay en nuestro tiempo una creciente tendencia a eludir considerar como arte a la calidad de la arquitectura, la calidad que otorga la continuidad en la intención, podríamos decir, como la que ejercieron los primeros maestros del siglo XX [13]. En nuestro tiempo abigarrado, la calidad en la arquitectura es otra cosa, se supone vinculada con lo insólito, lo imprevisto, más cercana al experimento que a la invención: ése parece ser el concepto actual de la arquitectura como arte. Pero no debemos ignorar que sería imposible vivir en un mundo lleno de arquitectos que en su mayoría fuesen artistas y en que sus obras tuviesen que ser necesariamente artísticas. Por eso, algo debe fallar en la enseñanza actual de la arquitectura cuando, promoción tras promoción, un estimable número de arquitectos se consideran capaces —con tan sólo unos años de aprendizaje— de sorprender al mundo con sus obras.

¿Cómo será posible ordenar la enseñanza contemporánea de la arquitectura? Sabemos que la sociedad desea con vehemencia un mundo de especialistas, pero la universidad se nutre a veces de profesores que aún

EL PARTENÓN.

[12] Todos, cualquiera que sea nuestra generación, hemos tenido buenos maestros. Lo que ocurre es que cuando esos maestros lo han sido a su vez de los maestros contemporáneos, la sensación de su magisterio se acrecienta, nos parece que al haberlo sido nosotros, nos encontramos más cerca de la razón de las cosas. Sin duda ese efecto es también un síntoma de nuestra propia actitud, mucho más expectante que activa. ¿Cómo podríamos ahora encontrar maestros vivos de los que seguir aprendiendo?.

[13] Hubo, desde luego, docenas de arquitectos modernos de los que aprendieron nuestros propios maestros. De ellos no nos cabe sino percibir su coherencia a través de los actos que ejercieron, nos falta su palabra pero nos quedan sus expresiones dibujadas y construidas. El final del siglo XIX y principio del XX fue pródigo en esa suerte de maestros, gentes cuya capacidad de innovación casi nos resulta heroica, apenas podemos situarnos en su piel, en el intenso mérito que supuso la ruptura con las actitudes caducadas para transformarlas en modernas y hacer de ellas una fuente de nuevas sugerencias progresivamente lineales y sintéticas. Como nos ocurre con la arquitectura de la historia, tampoco tendríamos tiempo para apreciar su mérito si quisiéramos profundizar en él.

[14] La larga vida siempre es una garantía de experiencia. Y, si a ella unimos la capacidad de fascinar, el magisterio surge con naturalidad sin que ello haya de tener necesariamente que ver con la incidencia mítica. Alguno de esos maestros, incluso, eran muy conscientes no sólo de su experiencia sino de su propia capacidad envolvente. Garantizaron con sus actos la validez de su doctrina, tenían costumbre de ejercer el acierto, deseaban transmitir solvencia y lo hicieron con largueza no sólo en tiempo sino en capacidad persuasiva.



12. EL ARQUITECTO FRANCISCO-JAVIER SÁENZ OÍZA, 1918-2000.

están en ciernes. Y la realidad social de las cosas sigue su camino, cada vez más al margen de la calidad intelectual. Seguramente lo sensato va a ser asumir todo eso y tratar también de sugerir método, sorpresa y vocación en ello. No aceptarlo sería un disparate, resultaría ineficaz por completo, deberíamos empezar de nuevo en otra parte y en otro tiempo, no nos cabe intervenir en el potente impulso que la sociedad contemporánea ha decidido para sí.

Tan sólo cabría sugerir experiencia [14]; ésa, en el fondo, podría ser la única aportación valiosa que podríamos proponer quienes suponemos que el arte de la arquitectura está en la calidad de la intención y no en el gesto. Pero ¿desea experiencia la sociedad? No es seguro eso, la desea por una parte y la rechaza por otra. Todo el mundo se considera experto —reconociendo, acaso un valor a la experiencia— pero, al mismo tiempo, considera reaccionaria, jactanciosa e insoportable cualquier sugerencia que pueda suponer un leve matiz que contraríe una decisión ya tomada.

¿Cómo puede la arquitectura ser una excepción de todo ese estado de cosas cuando, como casi todo el mundo sabe, la arquitectura es una consecuencia de la sociedad en que se inserta? No va a ser fácil enseñar hoy arquitectura aplicando para ello método, sorpresa y vocación. Hay en el proceso contemporáneo de las cosas un alto componente arbitrario que impide, de hecho, el orden en el aprendizaje. Incluso la enseñanza oficial que proporciona la universidad es, con frecuencia, arbitraria. Pero el conocimiento real es otra cosa, no depende de la enseñanza oficial reglada: cada cual debe tener su propio proyecto de conocer y ejercerlo con los medios a su alcance, no necesariamente dentro de la universidad sino, seguramente, fuera de ella y muchos años después de haber salido.

Podemos llegar así a una conclusión sensata: enseñar hoy arquitectura resulta casi imposible. Lo que sí parece posible es aprender arquitectura; pero, para ello, cada cual debe encontrar por su cuenta el método, la sorpresa y el estímulo. Y buscar luego, con más o menos fortuna, a los maestros capaces de transmitirle lo que busca. La actitud de esos maestros ha de

13. CHARLES-RENNIE MACKINTOSH, PROYECTO DE UN EDIFICIO DE OFICINAS EN UNA CALLE PORTICADA.



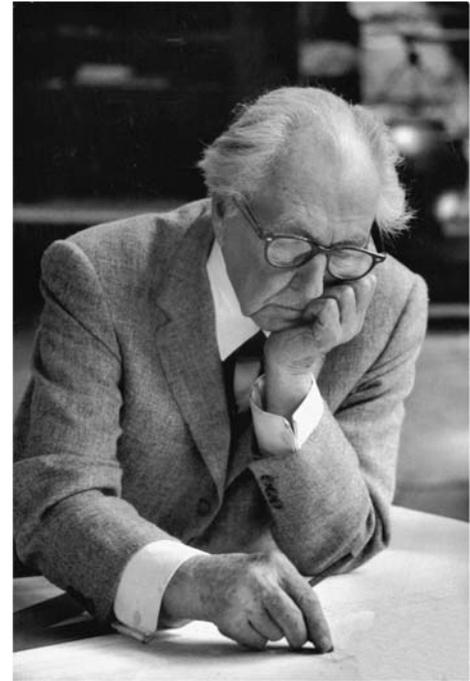
ser expectante, nadie va a solicitar su experiencia profesional o docente. Salvo en casos aislados, esos maestros deben ceñirse a la iniciativa de sus eventuales discípulos y permanecer al margen de la enseñanza oficial, conocedores de antemano de que su especialidad de ser expertos se encuentra en completo desuso. O bien, si desean intervenir en la enseñanza, convertirse, ellos mismos, en especialistas de la inespecialización [15]. Y esperar entonces a que llegue el caso hipotético de que alguien haya podido incluir en un plan de estudios una disciplina que pueda tener que ver con la nada especializada.

6. Sobre la enseñanza de Proyectos Arquitectónicos.

Seré sintético en la exposición que sigue. A estas alturas, prefiero no insistir demasiado en lo que otros ya han dicho hace ya tiempo. Sin embargo, cualquiera puede aceptar que las asignaturas de Proyectos necesitan una amplia variedad en sus formas docentes. En ellas ha de combinarse la teoría, la práctica, la crítica, la comprobación de los resultados y la búsqueda del ejemplo allá donde se encuentre. Son asignaturas largas y hasta cierto punto complejas, en las que resulta indispensable la vocación previa por parte de quien enseña y de quien trata de aprender. A veces, incluso, las asignaturas de Proyectos requieren esfuerzos que no son comparables con los necesarios para casi ninguna otra, hasta el punto de poder afirmar que, si no se da el componente vocacional, el aprendizaje y la enseñanza de Proyectos se vuelve insoportable. Es preciso, por tanto, establecer un método docente versátil y compacto al mismo tiempo, de forma que la enseñanza pueda ser eficaz y completa.

Hay dos maneras esenciales de transmitir la enseñanza de Proyectos; las lecciones teóricas tendrán su razón en la estabilidad, difundirán método y estilo, darán a conocer las pautas indispensables para el descubrimiento de la razón de las cosas y su inmediata aplicación en el proyecto. Podríamos definir esa enseñanza teórica —estable, por concretar mejor su alcance— como una iniciación al '**comproyecto**', término todavía no demasiado difundido pero elocuente de la necesidad ineludible de añadir conocimiento y criterio al acto de proyectar [16]. En efecto, la razón de la enseñanza de Proyectos debe comenzar explicando la forma de hacer, el método y el orden, mientras difunde las sugerencias necesarias para que los actos posteriores tengan auténtico carácter arquitectónico. Surge entonces la necesidad definir los axiomas de la arquitectura, su forma de estar y permanecer en su lugar, la manera que ella tiene presentarse, su cortesía, su espesor, su función, su repercusión semántica, su viabilidad, su enlace con la forma y con el entorno.

Será indispensable difundir la actitud de las arquitecturas valiosas que nos han precedido, de manera que podamos encontrar en ellas mode-



14. EL ARQUITECTO FRANK-LLOYD WRIGHT, 1867-1959.

[15] Hubo otros maestros contemporáneos cuyos actos fueron más escuetos. Pero su influencia reside en la oportunidad de su presencia en la arquitectura. Es otra forma distinta de enseñar, la síntesis, la capacidad de señalar caminos incipientes que ni siquiera esos maestros conseguirían concluir. Pueden darse en esos casos algunas actitudes mixtilíneas, propias de quienes abren sugerencias que luego otros deberán perfilar hasta llegar a la definición completa de sus intenciones.

[16] Todo proyecto de arquitectura ha de provenir siempre de la reflexión; y si a eso añadimos conocimiento de los orígenes del acto que pretende componerse, la garantía del acierto en el proyecto se acrecienta. La creatividad reside precisamente en eso, en el manejo fluido de los precedentes. Tan sólo así cabe renovar las propuestas sin el riesgo de caer en la arbitrariedad o en la incoherencia. Cabría recomendar ahora la extrapolación a nuestro tiempo del conocimiento que los maestros románticos tuvieron de la arquitectura que les había precedido.



15. JOSEF ALBERS CON SUS ALUMNOS EN LA BAUHAUS.

los del 'saber estar' en el sitio que les corresponde y formas del 'saber servir' para la función que pretenden, al mismo tiempo que comenzaremos a percibir su manera de 'saber expresar' lo que desean decir con relación al sitio en que están y a la función que desempeñan. Explicar también las razones de los buenos arquitectos que han ejercido esas arquitecturas, cada cual con su propia manera, de modo que su ejemplo pueda penetrar en la formación del criterio de quien trata de aprender. Ésa puede ser la síntesis del primer objetivo de la enseñanza de Proyectos: enseñar a ver.

En las clases prácticas —dinámicas, podríamos decir de ellas— quienes aprenden necesitan afianzar su pericia en la expresión: el dibujo y la construcción de modelos, instrumentos básicos de la representación de la arquitectura. Llevarán a cabo sus ejercicios de forma progresiva, propia para ir desarrollando las capacidades expresivas, compositivas y deductivas de quien aprende, al mismo tiempo que comienza a plasmar sus propias ideas y a hacerlas viables. Una parte de esos ejercicios serán compuestos en la Escuela, de manera que el trabajo en compañía sirva de estímulo a la iniciativa individual y que la comparación posterior con otros permita afianzar o

rectificar el criterio personal. Comenzaremos con proyectos sencillos de elementos al alcance de todos que faciliten el recuerdo y el discernimiento, de forma que el método expresivo y la creatividad puedan desarrollarse a la vez. Al final, el estudiante se habrá enfrentado con la mayor parte de los retos esenciales del diseño y el proyecto; habrá adquirido así la necesaria confianza y capacidad autocrítica para afrontar su restante formación, sin caer en el desaliento propio de quienes se enfrentan con situaciones que no logran superar.

Junto con los ejercicios en clase, quien desea aprender desarrollará por su cuenta algunos ejercicios más complejos, en los que necesitará consultar precedentes, acopiar referencias, saber adaptarse al sitio, resolver el programa, evaluar preferencias, encontrar un argumento que le permita establecer la forma, el gesto y la textura; en suma, resolver el Proyecto. Todos esos ejercicios contarán con el apoyo necesario de quien enseña y con las sesiones críticas indispensables para confrontar y perfeccionar las soluciones que puedan proponerse. Es la síntesis del segundo objetivo del aprendizaje: enseñar a hacer.

Formar estudiantes eficaces y versátiles, dispuestos a hacer lo que haga falta hacer, cuando haga falta [17]; sin complejos elitistas ni merma ninguna en su capacidad creativa. Ése, me parece, es el futuro de la enseñanza de la Arquitectura y de la formación que debe ser impartida como paso previo a las informaciones posteriores y, desde luego, de cara a un ejercicio profesional coherente. ■



16. EL ARQUITECTO JOHN SOANE, 1753-1837.

[17] Hay un indudable componente de vocación en todo cuanto se refiere a la enseñanza y el aprendizaje de la arquitectura. Podríamos decir que en la arquitectura, casi como en ninguna otra forma de pensamiento, ha de darse una confluencia esencial entre quien la enseña y quien la aprende. Tan sólo la música puede parecerse a la arquitectura en ese enlace insólito y envolvente, nesesito siempre de un mágico acuerdo mutuo.

Fecha de recepción:
5 de septiembre de 2010

Fecha de aceptación:
17 de noviembre de 2010